



## Jornadas de Investigación en Filosofía

Departamento de Filosofía.  
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.  
Universidad Nacional de La Plata

### **Devenir deleuziano de la individuación simondoniana**

Juan Manuel Nogueira (UBA)

Por un lado “La individuación” de Simondon, por el otro “Diferencia y Repetición” de Deleuze. Dos tesis doctorales ubicadas en un lapso de 10 años, la de Simondon en 1958, la de Deleuze publicada en 1968. Si bien la publicación de la tesis simondoniana de manera completa no se tuvo hasta 1989, la primera parte correspondiente a las primeras dos partes del libro completo, que refieren a “La Individuación Física” y a “La Individuación de los Seres Vivientes”, fue recién publicada en 1964, acompañada de una nota complementaria acerca de las consecuencias de la noción de Individuación, bajo el título de *El individuo y su génesis psico-biológica*. Seguramente tanto por cercanía geográfica como por cercanía en sus intereses intelectuales, Deleuze previamente a la publicación de su obra tendría conocimiento acerca de las teorías postuladas en la obra de este último en general, por lo que algunos de los conceptos y aplicaciones propuestos en los capítulos no editados antes del '68, tienen resonancias en la tematización deleuzeana del problema de la individuación.

En las obras de ambos autores se ve el problema que desde hace años resuena en la filosofía, aquella intención de subvertir los conceptos ontológicos que parece reinar desde la época griega sobre todas las investigaciones. Entonces, mientras Deleuze propone subvertir el platonismo y con ello la base en la que se funda el pensamiento a manera de imagen y representación, el problema de Simondon se expresa como la búsqueda de una alternativa al esquema tanto hilemórfico como sustancialista de la ontología rectora del pensamiento. En ambos, los modos de diferenciar, separar, ordenar el mundo tienen amplias implicaciones tanto en lo político como en lo social, y viceversa, por esto Deleuze en el primer capítulo de su obra, durante el desarrollo del problema de la Univocidad del Ser, propone “Es posible que la cuestión agraria haya tenido una gran importancia en esta organización del juicio como facultad de distinguir partes”<sup>1</sup>; mientras que Simondon, en un movimiento argumentativo similar, explicando como funciona el proceso de individuación

---

<sup>1</sup> DELEUZE, G. *Diferencia y Repetición*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, p. 73.

durante la operación técnica, plantea que si se pretende entender el mundo desde una mirada como la que propone el hilemorfismo, “Se podría decir que en una civilización que divide a los hombres en dos grupos, aquellos que dan órdenes y aquellos que las ejecutan, el principio de individuación, según el ejemplo tecnológico, es necesariamente atribuido sea a la forma, sea a la materia, pero jamás a los dos conjuntamente”<sup>2</sup>.

Se hace entonces evidente que la crítica simondoniana al hilemorfismo es una crítica a la ontología toda, como modo filosófico y como aplicación de este pensamiento al mundo práctico. Es por esto que la intencionalidad va a ir en contra de este modelo de pensamiento, tratando de encontrar en las fuentes de la individuación un modelo que haga patente el hecho de que “una perspectiva de búsqueda semejante concede un privilegio ontológico al individuo constituido. Se arriesga por tanto a no operar una verdadera ontogénesis, a no situar al individuo en el sistema de realidad en el cual se produce la individuación”<sup>3</sup>; por lo tanto, la búsqueda de Simondon va a estar guiada por la intención de encontrar un principio que rija durante el proceso de individuación, un principio que sea genético, más precisamente ontogenético, y que de ese modo pueda dar cuenta de un proceso, y no simplemente explicar el problema como un conjunto dado de materia-forma, que determina al ser pero solo desde la concepción previa de que este ser está ya completo antes de su aparición como individuo.

Durante la *operación técnica* el proceso de individuación se muestra como mucho más que la mera aplicación de una forma sobre una materia; tomando como ejemplo la “creación” de un ladrillo, el autor expone como durante ese proceso que comienza con un trabajo sobre la materia para que esta sea pasible de recibir fuerzas de dos tipos por un lado las fuerzas del recipiente que le daría su forma definitiva pero por otro la fuerza del artesano que prensando la arcilla en su molde hace que ese *sistema de fuerzas* sea resuelto en una estabilidad, condición que diferenciaría a la mera arcilla con una forma cúbica de un ladrillo que sería en realidad compuesto por esta resolución de procesos que finalmente resultan en el objeto creado. Se ve entonces que la individuación en este caso es un proceso que no se puede explicar meramente por sus partes componentes, sino que por el contrario necesita de una real comprensión del mecanismo aplicado a un sistema compuesto por al menos tres partes (arcilla, molde, artesano). Tener en cuenta el proceso, entonces, devela una ontogénesis que va a ir desarrollándose y complicándose a través de los estadios de lo físico, lo viviente, lo psíquico y por último de lo colectivo. A través de un ejemplo referido a la formación de los cristales, mostrando como la materia amorfa al ser informada por una partícula diferente a esta materia, comienza a cristalizar por los bordes, formando así los cristales, se muestra como la individuación tiene otros

---

<sup>2</sup> SIMONDON, G. *La Individuación a la luz de las nociones de forma e información*, Buenos Aires, Cactus/La Cebra, 2009, p. 76.

<sup>3</sup> op. cit., p.24

puntos conceptuales relevantes. Por esta partícula, llamada germen cristalino, el proceso de individuación entonces, tiene un sentido geométrico y temporal que puede ser estudiado desde el borde, y que coincide en toda la estructura interna del cristal. Este germen, *singular*, es la información necesaria para la materia amorfa, para iniciar el proceso que pone en juego una disparidad (disparando la resolución de un estado metaestable), que a través del desarrollo de su solución, va dando cuenta, además de su propio orden, de un orden temporal que existe por fuera del movimiento en sí mismo. Es en este sentido que ahora puede hablarse de una relación entre las operaciones de individuación y el tiempo, ya que por un lado en el objeto técnico la individuación se daba en un momento determinado, de golpe, y luego de esto comenzaba un simple proceso de degradación; mientras que en el ámbito de *lo físico-viviente*, este proceso tiene un comienzo, pero a su vez, en el límite que se da entre el cristal y lo que lo rodea, siempre se da la existencia un estado de presente viviente, por sobre un pasado puro que se comprime dentro del cristal y a modo de estructura geométrica cristalina, que mantiene las tensiones de un estado metaestable, para así continuar su desarrollo.

Entonces, la individuación como proceso resuelve el problema de pensar al individuo como ya dado desde antes de su desarrollo, y así se pone en juego el hecho de que realmente sea un proceso que no simplemente muestra a un individuo sino que devela y desenvuelve el desarrollo por el cual se va dando ese ser particular, gradualmente, resolviendo disparidades, estabilizando transitoriamente metaestabilidades entre ordenes de magnitud diferentes; por tanto aquí encontramos un criterio de diferencia que no es externo, que no se plantea desde el dominio de la *representación*, sino que es una diferencia que es tanto inmanente como constituyente. Esta metaestabilidad se pone en paralelo con lo *pre-individual*, mostrando así que esto mismo es lo que mantiene vivo al proceso de desarrollo de la individuación como cadena transductiva entre diferentes operaciones de individuación sobre un mismo ser que de ese modo se resuelve y mantiene siempre sus tensiones; todos los potenciales de este ser van a estar dentro del ser mismo a modo de singularidades informantas que van a ir resolviéndose entre sí y en relación al ambiente (formando un sistema) bajo la línea de un proceso de desarrollo ontogénico.

Puede decirse entonces que el individuo “vive en sus límites”, como en un presente puro que a decir de Deleuze sería la *contracción*, justamente contracción de lo preindividual y lo individuado, que se resuelve siempre como una metaestabilidad que posibilita que la flecha del tiempo se ordene en un sentido y que por otra parte tenga la continuidad temporal haciendo interactuar tanto lo preindividual como lo singular. Es por esto que se puede plantear ese devenir regido por las singularidades como información que se adhiere al sistema como un *verdadero acontecimiento*, generando el movimiento de

transducción como encadenamiento de todas estas operaciones de individuación. A decir de Adrián Cangi en un apéndice a la traducción de las *Dos lecciones sobre el animal y el hombre* “La individuación como proceso consiste en un pasaje por saltos entre el ser pre-individuado (ser sin fases) y el ser individuado (ser fásico)”<sup>4</sup>. Si entonces según Deleuze el yo en dos de sus sentidos: *Je* y *moi*, interpretados desde el dominio de la representación son respectivamente referidos a la forma y a la materia, “la individuación como diferencia individuante es un anti-Yo [Je], un anti-yo [moi], la singularidad como determinación diferencial es preindividual. El mundo del SE, o de “ellos”, es un mundo de *individuaciones impersonales* y de *singularidades preindividuales* que no se reduce a la banalidad cotidiana; mundo por el contrario donde se elaboran los encuentros y las resonancias, último rostro de Dionisos, verdadera naturaleza de lo profundo y del sin fondo que desborda la representación y hace advenir los simulacros”<sup>5</sup>. Es evidente entonces que si la ontología solo puede entenderse desde el nuevo punto de proceso de desarrollo de actualización de singularidades en relación a las fuerzas, internas o externas, que se unen para formar un sistema, no hay argumentos suficientes para sostener que el esquema hilemórfico es la única forma de explicar como un individuo existe, sino que por el contrario, hay una fuerte necesidad de plantear este movimiento como un proceso dinámico en el que la resolución de disparidades evidencia la emergencia nunca completa de un individuo que en esta resolución da cuenta del movimiento de diferencias que se coordinan subterráneamente, entre síntesis pasivas y activas, que van siendo socavadas hacia un futuro que se filtra en la cesura de un *Je* fisurado, como forma pura y vacía del tiempo, permitiendo el desenvolvimiento del mismo.

Si como dice Deleuze “siempre es la individuación la que rige la actualización”<sup>6</sup> y esta actualización tiene su correlato en la intensidad, es esta última la que expresa las relaciones diferenciales entre lo preindividual como singularidad todavía no “activa”, y lo que recibe la información como ser en proceso de individuación, como materia virtual por actualizar. Esto genera el estado dispar que pone en alerta al proceso, que lo pone en movimiento en el plano del devenir (se podría como tesis, tomar aquí la relación entre el proceso de individuación como movimiento general ontológico, y esa propuesta de devenir imperceptible, solapado bajo la imagen que supone la sustancia ya dada y a modo de teatro de lo ya dado, donde justamente el concepto de *drama* tiene en Deleuze un significado relacionado fuertemente a estos procesos ontogenéticos). Una ontología de la diferencia entonces necesita de que la diferencia no sea simplemente un criterio de ordenamiento, una mera forma de separar y dividir un mundo para hacerlo comprensible, sino que casi por el contrario debe mostrar como “La individuación no supone ninguna diferenciación, pero la provoca. [...] Todas las diferencias son llevadas por el individuo,

<sup>4</sup> SIMONDON, G. *Dos lecciones sobre el animal y el hombre*, La Cebra, Buenos Aires, 2008, p. 99-100.

<sup>5</sup> DELEUZE, G. *Diferencia y Repetición*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, p. 409.

<sup>6</sup> DELEUZE, G. *Diferencia y Repetición*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, p. 374.

pero no por ello son individuales”<sup>7</sup>. Entonces, la singularidad es el punto primigenio de todo pensamiento ontológico, siempre teniendo en cuenta que se produce dentro de un campo de lo *pre-individual* por lo que la individuación es siempre proceso intensivo en el plano ideal-virtual como ámbito de relaciones diferenciales. Por aquí es por donde emerge el monstruo, y aquí también es donde no puede solo pretenderse domarlo, sino que por el contrario la opción es descubrirlo, entenderlo, no crucificarlo bajo el cuádruple cepo de la representación sino liberarlo para convivir en el mundo del simulacro, sabiendo que éticamente ese simulacro contiene la fuerza activa para poder superar el círculo del eterno retorno como mero retorno de lo idéntico.

De este modo los intereses planteados por ambos autores han sido llevados a un punto límite desde donde si tal vez no hay una solución canónica, al menos los desarrollos abren la puerta a una serie de derivas teóricas interesantes y sumamente importantes para las disquisiciones éticas, políticas, ontológicas entre otras. Deleuze, en su pretensión de subvertir el platonismo rompe con el esquema Padre-Novia-Pretendiente para poner de manifiesto la originalidad del simulacro como único modo de evitar la compulsión a una repetición siempre desnuda, sin ningún proyecto temporal, sino dominada bajo el criterio de filtro de los Pretendientes. Simondon pone en jaque claramente al hilemorfismo, encontrando un proceso real que da cuenta de un todo nunca superior a sus partes componentes, y mostrando así su crítica a la teoría gestaltica como producto de un “engaño fundamental de la metafísica clásica”.

En definitiva las diferencias que se postulan como esenciales en la ontología, como diferencias individuales, nunca llegan a mostrar más que lo que Deleuze postula como el cuádruple cepo de la representación; de este modo, la diferencia siempre es mal comprendida, nunca es más que subordinada a estos cuatro criterios de: semejanza en la percepción, identidad en la reflexión, analogía en el juicio y oposición en el concepto; y bajo estas pequeñas diferencias, se supone una taxonomía en géneros y especies que en realidad no dan cuenta así de el proceso dado en la realidad. Si por el contrario suponemos que estas diferencias individuales no solo son las que posibilitan una taxonomía sino que son ellas mismas las que muestran la diferencia como concepto fundante y fundador de la ontología, entonces podremos dar cuenta de esto desde un principio más allá de los supuestos comunes que postulan tanto el sentido común como el buen sentido.

Como conclusión, me gustaría advertir que el uso por parte de Deleuze de la obra simondoniana, no es una copia palmo a palmo de un proceso que se manifiesta en la individuación, sino que más allá de las diferencias es evidente que el movimiento es

---

<sup>7</sup> op. cit. p. 369.

similar. La individuación es un proceso, que no puede suponerse acabado, que siempre esta en movimiento, y que por esto mismo condena a la ontología a repensar los esquemas estáticos y externos que someten al ser a un ser de manera determinada. Por eso, como dice Simondon: “Una verdadera ética sería aquella que tomara en cuenta la vida corriente sin adormecerse en la corriente de esa vida, aquella que supiera definir a través de las normas un sentido que las supere”<sup>8</sup>. La tarea sería entonces, intentar desarrollar una ética que de cuenta de estos movimientos, de estos procesos, y que ponga como centro de sus problemas, las problemáticas de la comunicación e información que se desarrollan a la luz de estas propuestas.

---

<sup>8</sup> SIMONDON, G. *La Individuación a la luz de las nociones de forma e información*, Buenos Aires, Cactus/La Cebra, 2009, p. 496.